

MAREOS

JUAN VALENCIA VALENCIA

Jefe de Bienestar de ELECMETAL S.A.



Me viene a la memoria la triste experiencia de la primera y única vez que viajé en un barco, "Alondra" se llamaba, de Valparaíso a Antofagasta. Yo era joven y el viaje para mí significaba el descoronte. (Así decíamos antes, ahora se dice de otra manera).

Salimos del puerto un día lunes a mediodía. Parado en el borde veía cómo el muelle se alejaba imperceptiblemente, no se notaba que el barco hubiera emprendido la partida. Como a la una, pasó un ñato tocando un gong de hermoso sonido invitando pasar a los comedores. Me dirigi a él y naturalmente elegí una mesa desocupada, me senté y observé el ambiente.

Todo lo encontraba bonito, el comedor estaba ubicado en la parte delantera del barco y se notaban perfectamente las subidas y bajadas de la proa. El barco era chiquito, según los entendidos, me parece de tres mil toneladas, pero yo lo consideraba inmenso. Al poco tiempo el comedor se llenó. En mi mesa se sentaron dos viejos y un señor más joven. Los viejos eran amigos, así que hablaban por todos nosotros y no nos daban pelota. Nosotros, como tumbas.

El mozo trajo la carta y procedimos a elegir los platos, primera vez que me pasaban una carta, la estudié a fondo y pedí lo mismo que solicitaron los viejos. El señor joven también estudió la carta a fondo.

La mesa que al principio era amplia, se llenó de platos, varios servicios y no había dónde encajar un codo. ¡Me encanta poner los codos sobre la mesa! Yo no sé por qué mi señora se enoja cuando los chicos hacen lo mismo.

La entrada, jamón con palta. Vino tinto, después una sopa, en seguida, porotos. ¡Qué

diablos!, los viejos habían pedido porotos. Cuando recién los traían, el señor joven se limpió los labios con la servilleta y levantándose pidió permiso y se retiró. Los viejos pararon la cháchara, miraron al joven y después hicieron un gesto de entendimiento que yo no comprendí.

¡De pronto me sucedió algo raro! Me tragué una porción de porotos justo cuando la proa bajaba, y los porotos desafiando todas las leyes físicas se elevaron en mi esófago hasta la garganta. Quedé sorprendido y los volví a tragar y los porfiados volvieron a subir cuando la punta del barco se hundió. Esperé tragarlos cuando el comedor se elevara y creí que había triunfado, pero al bajar el comedor los porotos pidieron refuerzos y volvieron a mi garganta con mayor ímpetu. Desesperado, me levanté, no pedí permiso porque habría dejado a los dos viejos condecorados y salí hacia el camarote, todo lo rápido que pude. Me costó llegar. Menos mal que estos marinos diablos tienen barandas por todas partes y así, de baranda en baranda, pude llegar al camarote y decirle a los porotos que se fueran al diablo. Pero los porotos tenían un fuerte arrastre gremialista, así es que fueron apoyados por la sopa, el jamón, el pan, el vino y qué se yo, lo cierto es que mi estómago quedó totalmente vacío. Me tendí en la cama reconociendo que era una víctima más del mareo, me confortaba pensando que el señor joven había sonado, un plato antes que yo, pero me sacaba pica el par de viejos que seguramente, cuando me levanté, no se hicieron otro gesto de entendimiento, sino que deben haber gozado con este pobre cabro, jera cabro en ese tiempo!

Mi camarote se encontraba más o menos al centro del barco, unos amigos comedidos me habían recomendado esa ubicación. Según ellos, era la parte menos móvil, seguramente tenían razón, si era así, no sé cómo se agitarían los otros camarotes. Además, el constructor del barco había instalado las máquinas, inmediatamente detrás del camarote. Resultado: yo sentía, además del sube y baja, el tun, tun, el prum-prom, los pitchs-pichs y otros ruidos acompañados imposibles de describir con letras.

Tuve una idea genial, en alguna parte había leído que lo mejor para el mareo era tomar un trago fuerte. De inmediato busqué un timbre para llamar al mozo, toqué varios botones por si las moscas, luego apareció el hombre que al verme me preguntó con mucha deferencia, pero con mirada picara:

—¿Qué le pasa, señor?

Con muy poquito humor, creo que se fue con los porotos, le dije:

—Tengo la impresión de estar mareado, ¿podría traerme un trago fuerte?

—¿De qué, pisco, coñac, gin ..?

Me fregó, en ese tiempo yo no entendía ni jota de tragos, ahora soy experto.

—Tráigame un coñac.

—Simple o doble.

¡Puchas!, por qué preguntarán tanto.

—Doble.

Al ratito llegó el coñac doble y me lo zampé de viaje, tanto porque esperaba que me hiciera bien, tanto para dar la impresión de recio. El hombre se quedó mirando impresionado, ¡esperó! y se retiró. Desesperado abrí la boca, corrí hacia un ventilador que tenía funcionando y me paré frente a él esperando que se extinguiera el fuego que se me había declarado desde los callos. El famoso coñac debió ser por lo menos de 60 grados.

Cuando ya se aplacó el fuego interno, me recosté y cerré los ojos dichoso de haber tenido tan buena idea, pero al medio minuto salté como un resorte y me tiré de cabeza al lavatorio mientras me despedía del coñac. Lo único que gané, fue quedar perfumado a coñac francés.

Pasé toda la tarde viajando de la cama al lavatorio y encendiendo y cortando el ventilador. Este no podía estar mucho rato funcionando porque comenzaba a tiritar. Una vez detenido, los tiritones se transformaban en sudores y vamos repitiendo el ciclo.

A la hora de once, apareció nuevamente el mozo a preguntarme qué deseaba servirme. Estaba tan jodido que traté de sonreír, pero no pude.

—No, no deseo nada, todo se va por el lavatorio. Lo que sí me gustaría, que detuvieran las máquinas para que no metieran tanto ruido y esta nave descansara un poco, iba a decir “esta cáscara” pero me arrepenti. Le pregunté si habían muchos mareados.

—Casi todos, hasta el Capitán.

No me elevó ni un milímetro el ánimo esa noticia.

Pasé toda la noche inventando sistemas para evitar el movimiento del barco o el de los pasajeros. La única posibilidad era que se pudiera flotar en el aire. Traté de practicar la levitación mental, pero fracasé, pues el continuo viaje al lavatorio, me impedía concentrarme. Por lo demás, nunca me ha resultado.

El día siguiente fue igual, ya en la tarde pude conservar unas naranjitas y eso me reanimó. Salí a dar unos paseos por cubierta y no encontré a nadie, ni a los viejos, lo que no dejó de agradarme.

Me afirmé en la baranda de cubierta y me estuve mirando la costa que apenas se divisaba, después bajé la vista hacia el mar y el agua que se deslizaba por el lado del barco me dio la sensación que el barco estaba detenido, pero tuve que volver rápido al camarote, el mareo me volvía más fuerte.

En la noche comí dos naranjas y un plátano, parece que este último era algo pariente de los porotos y se fue.

Llegamos a Antofagasta el miércoles como a las 8 A.M. y me dieron ganas de hacer lo de Colón, arrodillarme y gritar:

¡Tierra, nunca más te volveré a dejar!

Los colegas de la Escuela de Minas a la que iba destinado no podían creer que fuera tan ñecla y me comían a tallas. Pero al regreso, en las vacaciones de verano, nadie volvió en barco.

Un Viejo Lobo de Mar

PARA SU ARTEFACTO
AHORA Y SIEMPRE



VALPARAISO - BARON
VIÑA DEL MAR - QUILPUE
ANTOFAGASTA